

Qué hacer con los niños

Eduardo Escobar

Desde los orígenes de la cultura la educación constituye uno de los problemas fundamentales de la sociedad. Los griegos clásicos hacían énfasis en la música, la lectura de los grandes poetas de la tradición y la gimnasia, pues formaban hombres para la guerra. Pero los pedagogos contemporáneos, herederos del psicoanálisis, recomiendan la formación de la infancia en la libertad, que dicen que alarga y fortalece los huesos. Miguel de Montaigne dedicó un ensayo al recuerdo de la educación que le tocó recibir, lejos del hogar paterno, entre campesinos, primero, y después con sobredosis de latín entre rígidos preceptores. Rousseau dijo siglos más tarde que los hombres nacemos buenos y la sociedad nos corrompe y propugnó por una pedagogía del aire libre, en contacto con la Naturaleza, así, con mayúscula, como les gustaba escribir a los románticos. El filósofo antioqueño Fernando González, mi amigo, era de la misma opinión que Rousseau, y pensaba que la

fórmula H₂O enseñaba mucho menos sobre el agua que un buen baño matinal en una quebrada limpia. Por desgracia hoy ya no quedan muchas quebradas limpias. Pero las sucias también dejan una enseñanza aunque sea atroz. Nos enseñan lo brutos que somos. Fernando González creía además que toda educación debería incluir el aprendizaje de un oficio manual, según me dijo.

Si yo fuera maestro les enseñaría a los niños, primero que a leer, a escuchar la música del agua y a atender lo que dicen las hojas del árbol, las hojas, que son las lenguas de los árboles. Leonardo aprendió a diseñar sus aviones contemplando el vuelo de los patos.

En la India de Gandhi, el estrambótico apóstol de la no violencia, a falta de escuelas, se impartían las enseñanzas primordiales bajo los mangos. En Colombia nos preocupamos más por la planta de los edificios escolares que por la calidad de los maestros, por su cuidado y protección. Importa mucho más la cantidad de los materiales, libros, escuadras, espátulas, y uniformes.

En el mundo de equívocos de hoy hemos olvidado las sabidurías en pro de los saberes. Y también la educación se volvió un asunto engorroso, complicado. Tal vez lo que la gente necesita es que le ayuden a convertirse en una buena persona, no en una persona exitosa, en una persona feliz y no en una persona adinerada. El éxito, dijo alguien, es un pobre sucedáneo de la realización personal.

Hace días, con un viejo amigo recordábamos los días de nuestra infancia. Educados a palos por padres inflexibles, los dos, en la casa, y en la escuela bajo el régimen del terror a veces y a veces bajo el régimen del tedio por vírgenes mustias, curas pasados a ajos y vejetes neuróticos, con caspa, descubrimos que lo principal en la educación es el amor. Mi amigo y yo habíamos tenido padres inclementes y maestros sombríos. Pero nuestros padres habían sido dulces también a sus horas, y los maestros, por precarios que hayan sido, habían ejercido en nosotros un oficio para el que habían sido llamados como a una vocación sagrada. Y de algún modo lo sabían o lo presentían. La crueldad de nuestros padres no era más que una manifestación del miedo de que nos equivocáramos de vida. Y nuestros maestros no podían ser más que como eran. Se les notaba en la cara que habían sido enderezados bajo el lema viejo de que la letra con sangre entra. Que eran unos pobres de solemnidad que enseñaban a los hijos de unos ricos llenos de arrogancia. Y por eso gritaban y se descomponían y se comían las tizas en los arranques de histeria y amenazaban con tirarse por la ventana como Giraldo, mi profesor de Geografía del bachillerato.

La literatura colombiana cuenta con dos textos ejemplares sobre la vida de nuestros maestros. El cuento conmovedor de Tomás Carrasquilla, que tituló “Dimitas Arias”, una de las historias más bellas y tristes que conozco.

Y *El maestro de escuela*, de González, una novelita trágica, que se adelantó al minimalismo de la posmodernidad, y que quizás con razón Thornton Wilder, el escritor norteamericano, pensaba que había reinventado el género novela, según le dijo al de Envigado en una carta.

Las nociones sobre lo que debería ser la educación cambian con los tiempos. Quienes fuimos educados bajo un férreo principio de autoridad, a veces por reacción, dejamos crecer a nuestros hijos sin intervenir demasiado en el proceso, temerosos de confundir la inocencia con el ruido engañoso de las palabras, y convencidos de que a lo sumo que uno puede aspirar como educador, padre o maestro, es a acompañar al otro en la manifestación de lo mejor de sí mismo. Y a ayudarlo a pensar por su cuenta y riesgo a fin de descubrirlo. Una vez mi hijo mayor se presentó en mi casa con las calificaciones del colegio: todas las materias perdidas en una mano y en la otra la medalla al mejor amigo. Me miró, esperando una reprimenda. Y yo callé. Y juro que me sentí orgulloso. La geografía y la historia pueden aprenderse cualquier día. De hecho, todo lo que sé de historia de Colombia y de geografía de Colombia, lo aprendí rodando en Flota Magdalena en la adolescencia, en la trashumancia de mis desamparos juveniles. La buena índole, en cambio, hay que cultivarla desde temprano. Antes de que la dejadez se convierta en costumbre. ■

Eduardo Escobar (Colombia)

Nació en Envigado. Ha publicado libros de poemas, cuentos, ensayos, y es colaborador habitual en las revistas *Soho*, *Credencial* y *Cromos*, y en algunos periódicos nacionales, como *El Colombiano*, *El País* y *El Tiempo*. Su columna en *El Tiempo* ganó hace años el Premio Simón Bolívar. Actualmente da los últimos toques a un libro de ensayos: *Homenajes y vejámenes, lecturas en la muerte de Dios*.